

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

LA REALIDAD DEL MUNDO INVISIBLE
IMPORTANCIA DEL NOMBRE
CONSEJO PARA LOS PADRES

Bonfin, 11 de julio de 1979

Lectura del pensamiento del día:

"Dios lo ha distribuido todo a todos, el agua, el aire, el calor, la luz, y, en el mundo sutil, ha difundido también el prana y toda clase de energías benéficas. Entonces, ¿por qué tanta gente se siente pobre y miserable? Porque no saben atraer y absorber estos elementos sutiles. Piensan que la vida es pobre, que el Señor no les ha dado nada. Sí, todo está difundido por todas partes, todo está a disposición de todas las criaturas, pero estas criaturas son débiles, son perezosas, ignorantes, y por eso siguen en la pobreza.

Son los humanos mismos los que se limitan. Se contentan con comer, beber, respirar, es decir, se contentan con alimentarse con elementos sólidos, líquidos y gaseosos, y dejan de lado los elementos ígneos: el fuego y la luz. Si la humanidad periclita es porque no se alimenta adecuadamente. Para alimentarnos adecuadamente tenemos necesidad de este cuarto elemento esencial; por eso tenemos que ir a la salida del Sol, para absorber este fuego y esta luz que están difundidos a profusión por el espacio."

A cada ser vivo que ha creado, el Señor le ha dado la posibilidad de encontrar el alimento que le conviene. Mirad solamente los insectos: existen innumerables especies de insectos y para cada una de ellas, la naturaleza ha preparado un alimento diferente, particularmente adaptado. ¿Cómo es posible que los humanos sean los únicos que no encuentren lo que necesitan? Para el alimento físico, claro, no tienen problema, todos saben dónde y cómo encontrarlo. Pero para el alimento psíquico, espiritual, no saben. Y, sin embargo, también está distribuido por todas partes en el universo. Sólo debemos conocer en qué región se encuentra lo que

buscamos.

Si os aventuráis en una región cenagosa, infestada de mosquitos, de avispas y de serpientes, evidentemente, os encontraréis con esta clase de bichos. Pero, si queréis encontrar águilas, por ejemplo, tendréis que ir a la montaña. Tenéis necesidad de contemplar la belleza, y os encontráis en una choza que da a un patio interior con ropa colgada: debéis salir de ahí e ir a pasearos por el bosque, por un jardín o al borde del mar. Si queréis instruiros debéis ir a las universidades o a las bibliotecas. Para cada cosa hay que encontrar la región que corresponde. Esto es verdad en el plano físico, y también es verdad en el plano espiritual. Por eso los discípulos de una Escuela iniciática consagran cada día un cierto tiempo a los trabajos de meditación, para visitar las regiones del mundo invisible en las que saben que van a encontrar todo lo que necesitan. Por ejemplo, tienen necesidad de elementos para mejorar su salud o para purificarse... Pues bien, saben que, en los planos sutiles, existen regiones en las que van a encontrar las condiciones y los elementos necesarios para su salud o para su purificación.

Diréis: "Pero ¿cómo encontrar estas regiones? ¿Quién nos las puede indicar? Para el plano físico al menos hay libros de geografía, con mapas y toda clase de informaciones, hay atlas, enciclopedias... Pero ¿cómo orientarse en el mundo invisible?" ¡Ah! ¡Eso es, justamente, lo que no sabéis hacer! En el dominio psíquico se produce un fenómeno análogo al que le permite a un radiestesista encontrar, por ejemplo, a una persona, gracias a un "testigo". La radiestesia está basada en la ley de afinidad. Aquí, lo que sirve de testigo es vuestro propio pensamiento que, por afinidad, va a encontrarse por el espacio con los elementos que le corresponden. El plano espiritual está organizado de tal forma que el sólo hecho de pensar en tal persona, en tal región, o en tal elemento, permite alcanzar directamente a esta persona, o a este elemento, cualquiera que sea el lugar en donde se encuentren. No es necesario, pues, conocer exactamente el lugar, como en el plano físico, en donde tenemos necesidad de mapas y de indicaciones precisas.

En el plano espiritual, en el plano divino, no es necesario buscar, basta con concentrar fuertemente el pensamiento para que éste os conduzca exactamente a donde queréis. Pensáis en la salud, y ya estáis en la región de la salud... Pensáis en el amor, y ya estáis en la región del amor... Pensáis en la música, y ya estáis en la región de la música... Y hasta, si sois sensibles, si tenéis un don, captáis los ecos de esta música celestial. Porque, no creáis que los grandes compositores se "inventaban" la música que componían.

No, transcribían lo que oían allí arriba, e incluso a menudo no podían transcribir lo que habían oído, porque en la Tierra no existen sonidos o acordes capaces de reproducir verdaderamente la música de las regiones sublimes. Y la misma dificultad existe para los pintores, para los poetas, para muchos artistas... porque el hombre no está preparado todavía para captar y transmitir la belleza del mundo divino. No está preparado, pero puede llegarlo a estar si emprende un verdadero trabajo espiritual para reemplazar las partículas viejas, apagadas, gastadas, que tiene dentro de sí, por partículas celestiales, puras, luminosas.

Diréis: "Pero ¿cómo y dónde encontrar estas partículas?" Como os acabo de explicar, es el pensamiento mismo el que se encarga de encontrarlas. En cuanto pensáis en estas nuevas partículas, en cuanto os las imagináis, con toda su sutileza, con toda su pureza, con toda su luminosidad, las atraéis, y las otras partículas son expulsadas y reemplazadas de forma efectiva. No inmediatamente, claro, eso depende de la intensidad de vuestro amor, de vuestra fe, de vuestro trabajo, pero, un día, todas estas partículas que no vibraban en armonía con las regiones celestiales son reemplazadas, y entonces llegáis a captar las realidades más sutiles y más sublimes del universo.

Hasta la ciencia ha descubierto ahora que el cosmos está atravesado por ondas que nos traen mensajes sonoros, y trata de poner a punto aparatos capaces de captarlas. En realidad, estos aparatos existen ya en el ser humano. El Creador, que ha preparado al hombre para un futuro de una riqueza indescriptible, ha puesto en él aparatos, antenas, capaces de captar y de transmitir toda la inteligencia y el esplendor de la creación. Si el hombre no lo consigue aún es porque todavía no ha hecho ningún trabajo en este sentido, no se ejercita, y ni siquiera sabe que tiene todas estas posibilidades. Pero estas posibilidades existen, todos los aparatos están ahí, y esperan el momento en que van a ser desencadenados. Estos aparatos son los chakras, pero también ciertos centros del sistema nervioso, del cerebro, del plexo solar. A pesar de todos estos aparatos, tan perfeccionados, el hombre es incapaz de captar los mensajes que llegan de todos los puntos del universo, desde las constelaciones más lejanas. En cierta medida, claro, es preferible que sea así, porque estos mensajes son tan numerosos que, en el estado actual de cosas, aquél que llegase a recibirlos se volvería loco o moriría fulminado. Pero todo esto ya no será peligroso cuando hayamos desarrollado suficientemente nuestros centros interiores para poder resistir este bombardeo.

Tomemos una imagen. ¿Habéis visto cómo se desarrolla la calabaza?: al principio está suspendida de un pequeño tallo que podéis romper fácilmente. Pero, a medida que crece la calabaza, el pequeño tallo se fortalece, hasta el punto de poder resistir un peso de varias decenas de kilos. El mismo fenómeno se produce también con el ser humano. A medida que llega a captar estas corrientes cósmicas, algo trabaja dentro de él para permitirle resistir a todas las tensiones. Pero debe procederse de forma progresiva. Algunos, que quieren aprenderlo todo de un solo golpe, que quieren desarrollar todas las facultades de un solo golpe, se preparan graves desequilibrios. Un médico había recetado un medicamento a un enfermo: debía tomar diez gotas al día de este medicamento durante un mes. "¡Un mes es demasiado largo!", se dijo el enfermo; se tomó, pues, todo el contenido del frasco en un día... y se murió. No, hay que hacer las cosas pacientemente, regularmente, y entonces el organismo se refuerza y se vuelve cada vez más capaz de resistir las tensiones.

Esto es lo esencial que debéis saber sobre las posibilidades que tenemos de captar en el universo todos los elementos que necesitamos. Es el pensamiento el que, por la ley de afinidad, se encarga de ir a encontrar estos elementos. Por otra parte, sucede exactamente lo mismo con los seres humanos. Cuando pensáis en una persona, aunque ésta se encuentre al otro lado del mundo, vuestro pensamiento se va exactamente hacia esta persona en la que pensáis, y no hacia otra de los cuatro mil millones de individuos que hay en la Tierra. Es como si vuestro pensamiento estuviese imantado para poder dirigirse justamente hacia esta persona. De ahora en adelante, pues, cuando queráis obtener un elemento del universo, o alcanzar a una entidad, pensad en este elemento o esta entidad, sin preocuparos del lugar en el que se encuentra: vuestro pensamiento llegará hasta ellos con precisión. Es, si queréis, lo que sucede con ciertos perros a los que se les da a oler un vestido o un pañuelo que pertenecen a una persona. Al estar impregnado este objeto con las emanaciones de esta persona, el perro es capaz de descubrirla kilómetros más lejos... Aunque el olor es algo muy sutil, el perro se dirige infaliblemente, en medio de cientos de personas, hacia aquélla que debe encontrar. Esto es exactamente lo que hace el pensamiento, que debe encontrar, a través del espacio, a personas visibles o invisibles.

El medio más eficaz para atraer a una entidad es pronunciar su nombre. Por eso en la Cábala se dan los nombres de los setenta y dos genios planetarios, que tienen cada uno una función determinada, y a los que podemos invocar para obtener ayuda en las diferentes circunstancias de la

vida. Pronunciar el nombre de alguien no es algo sin importancia, porque, con las vibraciones de su nombre, llegáis hasta él y le tocáis. Podéis, pues, entrar en contacto de esta manera con todos los espíritus del universo y atraer hacia vosotros, gracias a este contacto, las cualidades de estos espíritus. Si se trata de entidades celestiales, recibiréis sus bendiciones, pero si se trata de entidades infernales, se preparan para vosotros trastornos y desgracias. Por eso es preferible no pronunciar los nombres de las entidades demoníacas. Yo, por ejemplo, conozco todos sus nombres, pero procuro no pronunciarlos, salvo en casos excepcionales.

A menudo me asombra ver cómo escogen los padres para sus hijos unos nombres que no tienen ningún significado. El nombre, sin embargo, produce ciertas vibraciones, puede actuar sobre los cuerpos etérico, astral y mental de los niños, aunque no lo sepan los que los pronuncian. Si los padres conociesen la influencia armoniosa o desarmoniosa, benéfica o maléfica, de un nombre, tendrían más cuidado al escoger los de sus hijos. Sí, la elección juiciosa e inteligente del nombre contribuye enormemente a la educación y al desarrollo de ciertas cualidades y virtudes. Por eso, a veces, algunos Iniciados cambiaban el nombre de una persona que era víctima de desgracias, de enfermedades y de vicios, y el destino de esta persona mejoraba, debido a este nuevo nombre. Yo quise verificar todo eso y lo probé con algunos, y pude constatar la veracidad de esta ciencia. Eso no quiere decir que tengamos que ocuparnos ahora de cambiar el nombre a todo el mundo, pero, para los niños, es mil veces preferible encontrar un nombre que tenga un significado espiritual, porque eso puede ayudarles mucho en su evolución. Ahí tenéis otro método pedagógico eficaz.

Un nombre es algo extremadamente importante; hay casos, incluso, en los que pronunciar un nombre puede salvaros, si este nombre es el de un ser cuyo deseo es siempre ayudar a los humanos. Un día, una de nuestras hermanas suizas bajaba en coche desde la Fraternidad de Videlinata. De repente, fallaron los frenos: el vehículo empezó a precipitarse por el talud, un talud con una pendiente muy pronunciada, cuando ella dio un grito pronunciando mi nombre, y el coche se detuvo. ¿Cómo explicar eso? Ella estaba asombrada, y ni siquiera yo mismo llego a comprenderlo... En fin, digámoslo así. Para que veáis lo importantes que son los nombres. Sí, si llamáis a alguien, viene...

Pronunciar el nombre de alguien es también muy eficaz en el caso de que queráis ayudarle. Hace algún tiempo una chica que no conozco me escribió una carta en la que me decía: "Maestro, me he enterado de su

existencia por uno de sus discípulos -al que nombró- y quisiera pedirle que haga algo por mi hermana, que está en el hospital. Lo que tiene es extremadamente grave y corre peligro de morir." Y entonces, como se imaginan que yo soy como el Buen Dios y puedo encontrar a alguien entre los cuatro mil millones de individuos que hay en la Tierra, no me dio el nombre de su hermana, ni me envió su fotografía. Le respondí inmediatamente, diciéndole: "Señorita, no debiera haber esperado al último minuto para pedirme que hiciera algo... pero lo voy a intentar. Envíeme la fotografía de su hermana y dígame su nombre." Unos quince días después recibí otra carta: "Maestro, ¡qué injusticia! Mi hermana ha muerto..." Me decía lo indignada que estaba, pero aún no me había enviado la fotografía de su hermana, ni me había dicho su nombre.

¡Es extraordinario el razonamiento de los humanos! No tienen ni idea de las cosas, no se preguntan nada sobre las posibilidades que tiene un Maestro para curar a alguien, ni sobre las condiciones que deben concurrir para poder hacerlo. Quieren lo que quieren, y se acabó. ¿Cómo ayudarles entonces? ¡Al menos deberían ser inteligentes! Si esta chica me hubiese enviado, a pesar de todo, el nombre y la fotografía de su hermana, yo hubiera podido ayudarla, aunque ya estuviera muerta. Pero no, no saben que se puede ayudar a la gente en el otro mundo, y que incluso es muy importante poder hacerlo. No, no, encuentran que sólo vale la pena que les ayuden cuando están en la Tierra. Un ser inteligente habría dicho: "Mi hermana ha muerto, pero aquí tiene su nombre y su fotografía, para que pueda hacer algo por ella."

No os cuento esto para criticar a esta pobre chica cuya pena comprendo, sino para mostraros que hay leyes que hay que conocer. El Creador ha construido el mundo de una forma extremadamente sabia e inteligente; pero los humanos, que no quieren estudiar esta construcción, se imaginan toda clase de cosas, y después se extrañan y se indignan porque nada sucede tal como ellos lo habían imaginado. Podemos encontrar, claro, a las criaturas en el espacio sin ni siquiera conocer su nombre o su cara. Pero hay que hacer entonces búsquedas mucho más largas, hay que dirigirse a una "oficina" de arriba y darle detalles. Mientras que, con el nombre o la cara, el "teléfono" funciona, y ya está.

Además, el hecho de dar un nombre a una criatura tiene un significado muy profundo. Se dice en el Génesis que Dios hizo pasar a todos los animales ante Adán, para que éste les diese un nombre. Los hombres no se han ocupado suficientemente de esta cuestión de los

nombres, que es, sin embargo, una de las más importantes de la Ciencia iniciática, porque el nombre es como un número de teléfono. ¿Queréis encontrar a una persona? Pronunciad su nombre e inmediatamente establecéis conexión con ella para poder ayudarla... y, evidentemente, también para poder pedirle ayuda.

No hay que creer, sin embargo, que los nombres son todopoderosos. Todo depende de vuestra fe, de vuestro amor, de la intensidad interior con la que los pronunciáis. Pronunciar un nombre, así como así, mecánicamente, es algo demasiado fácil y, de todas maneras, es ineficaz. Sólo cuando amáis a un ser, a una entidad, y creéis en ellos, el nombre se convierte en un verdadero poder mágico.

